

## EN LA PLAZA MONUMENTAL

# El discurso del jefe de los radicales, D. Alejandro Lerroux

Palabras de paz para todos los hombres de buena voluntad; de odio y de rencor para nadie. (Muy bien.)

Son sentimientos que estuvieron siempre ausentes de mi corazón; más habían de estarlo en esta hora crítica y suprema en que se necesita la asociación de la bondad de todos, del amor de todos, para sacar indemne la Patria de sus peligros, sobre el pavés de la República. Palabras de amor para aquellos amigos que, abandonando la comodidad de su hogar y el cuidado de sus negocios, han atravesado España entera, para venir a escuchar aquí, en estos momentos, la voz que no sé si tendrá la fortuna de acertar a interpretar los sentimientos de todos. Palabras de amistad y de gratitud, que también es amor, para aquellos amigos de Barcelona que en tantas ocasiones me elevaron a la cumbre de la representación parlamentaria, para que yo pudiera desde la tribuna del Congreso combatir en todo momento por los ideales que al fin han triunfado en la forma, que al fin plenamente triunfarán en el fondo. (Muy bien.)

Las flámulas que les acompañan en el viaje, que ondean aquí al sol y decoran esta plaza, son los estandartes con los cuales, en tantas ocasiones, las huestes radicales mantuvieron casi solos los ideales republicanos en España, y en tantas otras ocasiones sirvieron de sudario a amigos que rindieron la vida por los ideales. Palabras de consideración, de solidaridad, para este admirable pueblo de Madrid, que en las horas más críticas de mi vida ha querido darme la confianza máxima—no pongo en estas palabras vanidad de ninguna especie—entregándose, en una votación sin precedentes también, las máximas responsabilidades al mismo tiempo que la gloria más alta. Y al pueblo español entero y a todas las clases sociales, sin excepción, reunidas y representadas aquí, que han querido venir a escuchar la palabra de un hombre que, currido por los años, ha adquirido los merecimientos de la experiencia, a todas esas representaciones el homenaje de mi respeto, el homenaje también de mi amistad, porque sin ellos, en la hora presente, como acaban de significaros, yo no estaría armoniosa ni proporcionalmente a la grandeza del acto, ocupando debidamente este lugar.

Concibo perfectamente, aunque me coaccione de manera extremada, la expectación que ha despertado en toda España el acto que estamos celebrando, pues dejando aparte incidencias que han venido produciéndose (y sobre las cuales el comentario y las interpretaciones no acerto siempre) el estado de alma, de conciencia del pueblo español, no se ha sentido todavía interpretado en ninguno de los momentos en que las nuevas instituciones actuaron en la vida pública. (Muy bien. Ovocación.)

Vosotros sabéis que durante medio siglo la España protestataria, que encontró su expresión más adecuada en la República, ha venido propugnando por el triunfo de su ideal, y hallando cerradas todas las puertas de la legalidad para que dentro de la vida normal hubiera sido posible la evolución que por la mayoría del pueblo español hubiera llevado el ideal al triunfo, acariciando la concepción revolucionaria como medio único de conseguirlo. Así se han educado varias generaciones de nuestro temperamento meridional, que no sabían concebir tampoco la revolución sino con el acompañamiento del estruendo, del sacrificio propio o ajeno, del rui-

do del cañón, del olor de la pólvora, de todo ese dramatismo tan propio de nuestro temperamento, y para lo cual nos preparábamos todos los días durante tantos años llamados en el estudio de la vida pública. Pero es que la revolución estalló más que en España en el mundo con la guerra que pudieramos llamar universal. La lección de esa guerra hizo que en muchos pueblos, singularmente en el nuestro lo mismo los altos poderes que las masas democráticas, llegado el momento de la transformación, prefiriese la obra evolutiva a la obra trágica, traicionablemente revolucionaria.

Si en los primeros momentos, si en el primer mes, los hombres que representamos a la República nos hubiéramos arrojado a la obra de transformación por la violencia o sin tener en consideración intereses de ninguna clase, todas las clases sociales y todos los intereses se hubieran aliado con facilidad. No fué así: triunfó el criterio pacifista, por fortuna.

Bastó que la opinión pública se manifestase con arrojo y valentía en unas elecciones municipales para que los altos poderes, en armonía con las aspiraciones del pueblo, abdicasen de aquello que habían prometido no abandonar nunca, sin lucha y en el contraste de aquel precedente, de aquella concepción trágica revolucionaria y en la realización de esta transformación se generó inmediatamente una ansiedad y una tranquilidad que ha producido, ciertamente, en su mayor parte, esta expectación. (El amplificador se estropea, y deseando el público que continúe hablando sin él, por estimar que lo oye mejor, dice:

—Tened tranquilidad y tened paciencia. Muchos os habeis tomado la molestia de venir porque habeis podido hacer ese sacrificio para gozar, no solamente de la voz de los que hablaban, sino del espectáculo mismo animador y entusiasmador; pero quedan muchos otros en el resto de España que, por medio de la radiodifusión, están escuchando también. Haced por vuestros hermanos, por la propaganda... (enorme ovación que impide oír al orador.)

Pasados los primeros momentos que sucedieron a la transformación del régimen, se acometieron trascendentales reformas, que, ya entonces, por no contar con la realidad imperante que volvió a tomar en la vida pública su predominio, anunciándose en forma que alarmaron tantos espíritus y tantos intereses, pudieron parecer precoces; era que la generosidad de los republicanos, dando compensaciones extraordinarias a los que les ayudaron en la obra de la transformación, concedieron a la representación del partido socialista, preponderancia que, prevaleciendo con exceso, no diré que inmerecido, sino desproporcionado a la realidad de nuestro país... (Ovocación.)

¿No se entienda, o se entienda de demasiado? (Ovocación.)

Respetemos todos, porque delante de nosotros extremistas de la derecha, debemos dar el ejemplo de que podemos, los que vivimos en los ambientes de la República, discutir serenamente y decirnos cara a cara todo lo que nos teaganos que decir sin agravios, pero sin agravios a la verdad. (Muy bien. Aplausos.) El país no se ha sentido gobernado en república. El país no ha admitido y está deseando... (Se reproducen los ruidos por defecto de la audición y el orador dice:) Sentad, no temáis peligro alguno, que la organización del acto garantiza que donde surja

una protesta tendrá respeto si se hace consideradamente, pero será sometida si se transformara en rebeldía que tenga por objeto perturbar el acto mismo. (Muy bien. Aplausos.)

No se ha sentido el país gobernado en república, quiere decir, en doctrina netamente republicana, esto es, de libertad, de amplia libertad individual para que tomase la evolución el tren necesario para conquistar cada día un poco más de libertad, y con ello el instrumento necesario para impulsar a la realización por etapas de la justicia social con que soñamos todos.

No es agravio para nadie decir que la preponderancia, por torrencial que los republicanos, por excesiva gratitud de los republicanos, la preponderancia de un sentido socialista en el Gobierno, ha producido en el país entero un estado de alarma que justifica ahora esta expectación. (Muy bien. Aplausos.)

Cuidado, amigos, que mis palabras no son una condenación para la doctrina ni para las aspiraciones, perfectamente legítimas, ni siquiera para la conducta. Mis palabras son sencillamente un análisis de esta expectación que no está ciertamente justificada por la persona y que es necesario que en la conciencia de todos quede bien explicada.

No; yo sé bien que aspiraciones de justicia social que prevalecen principalmente en el programa del partido, que son comunes a todos los partidos republicanos, habrán de tener una realidad en su tiempo y oportunidad; pero también sé que la primera condición de la eficacia para las soluciones políticas es que sean oportunas porque si se anticipan o porque no está preparada la economía nacional o porque no está preparada la conciencia pública, que necesita algunos años de evolución y de enseñanza democrática, se frustran y fracasan, y el enemigo atribuye a falta de virtualidad en los principios lo que se debe exclusivamente a falta de oportunidad en la aplicación. (Muy bien. Aplausos.)

Ved, señores, esta expectación, que hasta ahora no tuvo y espero que no tendrá exaltaciones que la saquen fuera de la ley, esta expectación, análoga de la pasada, lamentable y vergonzosa dictadura, hubiera tenido inmediatamente una derivación aspirando a una dictadura nueva, y si ahora no ha tenido esa derivación es porque impera la República liberal y democrática, y hay partidos republicanos en el país que en la hora oportuna cuando respondan a empujes de la opinión, saurán cumplir con su deber, exigiendo en el Parlamento que termine la época constituyente y comience la de estabilización definitiva de la República con un Gobierno en el que, estando representadas todas las tendencias, facilite el camino que ha de llevar a que de nuevos elementos socialistas, participando o plenamente o por colaboración en el Poder, den el impulso necesario a la evolución realizada para que la justicia social llegue a la población. (Muy bien.)

Y toda esa expectación, como siempre, necesitada una concreción, y se ha concretado alrededor de un hombre. ¿Es esto justo? No lo es. ¿Podría más que a los elementos republicanos y democráticos, a los que aún no están con la democracia identificados me dirijo, para decirles que aprendan a no confiar la solución de los problemas a un nombre, que, en definitiva, si tanto poder tuviera sería un dictador, mejor o peor disfrazado, ni a un grupo de hombres, que sería una

oligarquía conduciendo a un rebaño; que confíen en sí mismos, que este espectáculo que estamos presenciando y que es algo que también se deriva de esa expectación que analizo, signifique la participación, ya en lo sucesivo ininterrumpida, de todas las clases sociales en la vida pública alrededor de la República, o enfrente de la República, para fiscalizarla, impulsarla o retenerla; pero no ausencia, con la cual la República misma, divorciada del país, vendría también a representar la dictadura de un partido, o la dictadura de una clase social.

Yo no me hice nunca la ilusión, yo no he sentido nunca esas vanidades que ahora ya serían vanidades seniles; de que toda esa expectación alrededor de un hombre significaba en mí cualidades que no tengo, competencias que no he alcanzado, preparación que me falta, poder que no está en mí, porque eso sería obra de milagro, sino en vosotros mismos. Yo no he tenido nunca esa vanidad. ¿Cómo había de tenerla ahora, cuando ya en la cumbre de la edad, viejo, cansado, combatido, difamado, perseguido, gastado por la lucha, no puedo ofrecer sino una historia, una iniciativa y un ejemplo?

Ciudadanos españoles, que aquí estais presentes, y que fuera de aquí me escucháis: si la obra que hay que realizar se hubiera de realizar exclusivamente por el imperio de una voluntad, y esa fuera la mía y me faltara vuestra asistencia, ah! yo no podría dar ni siquiera el primer paso. Yo tampoco lo podría dar en esa forma. Yo necesito que en esta hora suprema, si esa expectación deja de serlo, se convierta en confianza, se convierta en solidaridad, porque solamente con la confianza, con la solidaridad del pueblo español, un hombre que representa un partido, un partido que representa un programa y una conducta, podrá crearse legítimamente intérprete de todo el país para conducirle por el ancho camino de la libertad, con ayuda de la República, del Derecho y de la Justicia, a un estado de mayor felicidad que aquel en que se encuentra actualmente. (Aplausos.)

Yo he pensado también que esa expectación, lo que podía significar era una interrogación a aquello que se ha dado en llamar el silencio de Lerroux. ¿Mi silencio? ¿Pero es que yo he callado alguna vez? Alguna vez, cuando la palabra callaba, hablaban los actos, que suelen ser también tan eficaces, y a veces más eficaces que las palabras. Pero desde 1891, en que yo comencé mis campañas en la Prensa republicana, yo no he dejado ni un solo día de hablar o en la Prensa, o en la tribuna pública, o en la tribuna parlamentaria. Y cuando se restringía la libertad, hablaba por circulares, con mis amigos, o hablaba por manifiestos políticos, que todo el camino de mi vida me quedado sembrado de esa naturaleza, y es muchedumbre la que constituye una correspondencia epistolar en la cual he ido volcando en el alma, en aquella forma en que sale más sinceramente, por la comunicación que se hace en la intimidad, en un alma, entre dos almas que se sienten identificadas. ¿Es eso callar? No; yo he callado cuando el silencio me significaba un homenaje debido a la realidad o sacrificio a la causa.

En efecto, lo que puede suceder es que se haya interpretado mal ese silencio, generalizando las ocasiones en que la opinión creyó que debía hablar y yo creí que debí callar. Porque yo he procurado siempre

ir delante o acompañado de la opinión, pero cuando la he creído equivocada, humildemente y modestamente, me he reclinado y la he dejado pasar.

Podrá decirse que yo callé en San Sebastián. Yo fui el iniciador y el promotor de aquella reunión; yo vi que en aquella reunión tenía eco injusto los injustos recelos con que, de tanto tiempo y por un fenómeno moral explicable, todos los elementos modernos en la República o todos los que a la República se sumaban antes de su triunfo, me miraban a mí, que, gastado en las luchas, como antes dije, no siempre he aparecido con la historia que realmente debe acompañarme, sino a través de aquellos que hizo contra mí la malevolencia, la difamación o la calumnia. (Muy bien.) Yo ví la conjura; yo ví que, por desconfianza, que no me atrevo a anatematizar, porque acaso era generosa y de buenos propósitos, a mí se me eliminaba del comité revolucionario. Y yo sonreí, y yo callé; sonreí y silencio que quería decir: como antaño, contra mí podréis hacer algo; pero sin mí no podréis hacer nada. (Muy bien. Ovocación.)

Hablé en la reunión de San Sebastián únicamente para procurar calmar el ímpetu ardiente de algunos compañeros que, dentro de pretensiones exageradas o descarnadamente puestas de los catalanes y catalanas, dentro de pretensiones exageradas o descarnadamente puestas de los catalanes y catalanas, sintieron solearse en su alma el espíritu españolista. Y ante aquel posible choque y ante aquel posible rompimiento, yo, que tengo del problema un conocimiento y un estado de conciencia que todos no pueden tener, porque no se les conoce con una o con dos visitas a Cataluña, procuré que la armonía surgiese de allí. Y surgió la armonía y comenzó la obra revolucionaria.

Yo callé cuando el comité revolucionario, pidiendo a requerimientos de quienes podían hacerlos, se constituyó en Gobierno, y, sin reunión previa conmigo y sin consultarlos—que, porque yo peino caras y sumo muchos años, mas que ninguno de mis compañeros, hubiera necesitado esa consoladora muestra de respeto—, sin consultarme se me adjudicaba una cartera, y tenía que suponer mi suspirio, y si quisiera supuso mi mancha, que se me adjudicaba una cartera para la cual yo no tenía preparación alguna; pero, además, en la que yo no podía tomar posiciones para el día de mañana en las que mis amigos representaran el sentido histórico del republicanismo español. (Muy bien.)

Pero la posibilidad del triunfo de la República me pedía ese sacrificio, y callé; callé cuando, en la hora suprema se me dieron órdenes como a un soldado. Callé en los Consejos de ministros, cuando el hablar hubiera podido parecer discrepancia o disidencia que dificultase en aquellas horas penosas, tan graves y tan difíciles, la obra de dirigir un pueblo en el que ardía el temperamento revolucionario, que no había tenido ocasión de satisfacerse tragicamente. Callé cuando ví que en la organización política, regiones enteras, con sus gobernadores civiles, con daño evidente, con perjuicio de la ponderación de fuerzas y de mis amigos en el partido republicano radical. (Muy bien.) Callé cuando, con posible riesgo de la República, la lealtad del señor Azáña desde el banco azul se creyó en el caso de producir un discurso para dar satisfacción a su conciencia, procurando la crisis que se produjo con la dimisión del presidente del Consejo de ministros,

porque hablar en aquel entonces, en que estaba la autoridad y el Gobierno en medio de la calle, hubiera sido tanto como poner en crisis también a la República. Callé también cuando el ministro de la Guerra, en horas trágicas, se levantaba en el Congreso a decirnos que no teníamos ejército, porque no había fusiles, porque no había municiones, porque no había ametralladoras, porque no había campo de experimentación, al propio tiempo que la plebe, no el pueblo, desmantelándose de toda disciplina, invadía las haciendas en los pueblos rurales. Y poco después la guardia civil, fuerza de choque, de conservación de las instituciones, tenía encuentros trágicos, en el que sucumbían, no en una lucha en el cumplimiento de su deber, sino sacrificados por el instinto homicida... (Grandes aplausos.) Callé, en fin, cuando en la última crisis, ésta se resolvió en modo enteramente contrario a lo que en la reunión del Consejo nacional de Alianza republicana, con asistencia de cuatros ministros, se hubo acordado entre todos, por unanimidad y sin una sola disidencia, acordado, esto es, que llegado el momento de la instalación definitiva de las instituciones republicanas, aprobada la Constitución, elegido el presidente de la República, o aquella crisis no significaba nada y no podía producirse, o de producirse era para comenzar una política nueva.

¿Cuál podía ser aquella política nueva? Podría ser, no la de un divorcio, riñendo los conyuges, y separándose con mutuo aborrecimiento, sino la de una separación amistosa entre socialistas y republicanos.

Yo nunca sostenido que era hora de que, sin las apariencias de las realidades de un divorcio, los unos volvieran a sus cuarteles, los otros, que representaban, en toda la variedad de matices, dentro del Gobierno y dentro de la Cámara, toda la democracia republicana española, tomaran la responsabilidad de comenzar una política fructífera, notablemente republicana. (Muy bien.)

Esos días de silencio; han sido, como dije al principio, homenaje y consideración a la unidad de las fuerzas parlamentarias y sacrificio hecho en homenaje a la República. Porque, amigos, ¿qué más sacrificio que se me pedía, por la República, por la constitución de la República, yo estoy dispuesto a todo. El sacrificio que se me pedía, el definitivo silencio, la retirada a mi hogar. (Voces: No, no. Grandes aplausos.) Cuando no se puede hacer otra cosa que lo que significa en sentido no negativo el retirarse, si es sacrificio y eso contribuye a la estabilización de la República, yo me sacrificaré. Yo no me he negado más que a un sacrificio. Cuando hubo un momento de posibilidad de que la ilustre persona que está hoy en la cumbre del Estado no quisiera mantener su candidatura para presidente de la República, número de ofrecerse a mí, y para que no quedase atrás el argumento diré que el primero que me la ofreció fue una ilustre representación del partido socialista. Y yo he de decir que no tenía derecho a ese sacrificio, porque no solamente me sacrificaba yo, sino que sacrificaba a toda esa legión de republicanos históricos que durante veintidós años me tuvieron conmigo el espíritu de la democracia republicana (grandes aplausos) y convirtieron en todo momento y en todo instante a la Monarquía e hicieron posible, llegada la hora suprema, que en torno suyo y con su asistencia, una y otra vez, hasta que se llegó al triunfo se hicieron los intentos re-

volucionarios que, por fin, lo culminaron (Grandes aplausos).

Pero el silencio ya ha terminado. Ha terminado en la calle y va a terminar en el Parlamento. (Muy bien. Prolongados aplausos.)

¿Pero es que alguien lo interpreta como una amenaza? ¿Pero es que esto significa que vamos a entrar en lucha de partidos y vamos a perturbar la vida de la República? (Voces: No, no.) o vamos a discutir con apasionamiento la obra del Gobierno? Si eso pensáis, ¡baldona! me, porque yo a esto estoy resuelto a semejante cosa. Mientras se discutieron ideas o se plantearon problemas en la discusión de la Constitución que pudieran poner en pugna unos con otros a los representantes de las distintas fracciones republicanas y que mi intervención en los debates hubiera podido poner en aquellos que, porque no me conocen suficientemente, ni me consideraran ni me estiman y noieran podido ultrajar un valor que yo tengo que conservar en reserva para otros días mucho más difíciles que acaso pueden llegar en la República, yo no intervine por respeto a esa juventud ardiente, apasionada, poco adoctrinada, recién llegada en su mayoría a las filas republicanas y que venía con todos los deseos propios de los neófitos de ganar rápidamente los méritos de la veterania, yo no intervine porque quise que fueran ellos, que fuera la juventud, que fuera la inexperiencia la que hablase, para que otros hombres que representaban la sabiduría y la experiencia, pero que no representaban a los que hemos militado de antiguo en los partidos republicanos, los que a su vez se levantasen con una autoridad virgen que en ellos es discutida, a poner freno en lo que fuese menester. Pero ahora ya no se trata de aquellos ideales, ahora se trata también de intereses, ahora se trata de presupuestos, ahora se trata de leyes tributarias, ahora se trata de reforma agraria, ahora se trata del Estatuto de Cataluña; ahora se trata de otros Estatutos, y delante de eso los intereses legítimos, sintiéndose amenazado por una intervención excesiva de un sentido social que será justicia mañana, pero que en la oportunidad no lo es, necesitan otra voz, necesitan una interpretación, necesitan estar representados en el Parlamento, necesitan que esta mañana no sea levantado a propaganda por la justicia en todos sus aspectos y no es justicia solamente aquella que ponga día de mañana en manos de un ministro de Hacienda para hacer política rasa con el propósito de, en veinticuatro horas, en veinticuatro días o en veinticuatro semanas, llegar a una nivelación por medios exclusivamente impuestos a las clases productoras de todo linaje. (Gran ovación) desde el momento que transcurra el trabajo de riqueza a través del industrial y el comerciante y las empresas que a través de la riqueza en el trasiego internacional por todo el mundo, para que se traduzca en beneficio de la patria aquello que tiene derecho. (Muy bien. Aplausos.) Tampoco es cierto que yo haya interrumpido mi silencio para entablar competencia de doctrinas. El partido radical no necesita de esas competencias y no se trata de arrastrar el peso de la vida por medio del sentido común de la realidad y de la prudencia, cabalgando en su fantasía, a nadie trata de disputar un puesto a la izquierda ni, mucho me-

(Continúa en cuarta plana.)





# DIARIO DE ALMERIA

Periódico de la mañana

(Viene de la primera plana.)

nos, a la derecha. El partido republicano radical, con su ideario de siempre, está donde estaba, no rectifica ninguna de sus convicciones. Oiganos bien todos aquellos elementos que por una curiosidad, por expertación, por simpatía, por angustia, por inquietud, hayan venido aquí o estén escuchándonos, imaginando que yo vengo a hacer retractaciones que no están en mi conciencia y que no las exige la realidad... (Muy bien. Atronadores aplausos.) Pero ¿es acaso que radicalismo quiere decir turbulencia y atropello? ¿Es acaso que radicalismo quiere decir guerra social, guerra a los ricos, guerra a las iglesias, guerra a todos los intereses tradicionales e históricos? ¿Es acaso que radicalismo significa que nosotros, sin tener en consideración la realidad, la economía nacional, los intereses legítimos, la necesidad de evolución preparatoria, vayamos desde el primer instante a desenvolver los postulados de la Constitución en términos que produzcan en nuestro país una perturbación que, lejos de hacer a todos medianamente conformes con su estado social, les haga a todos sumidos en la miseria material por la anarquía?

Aquellos que se hallan colocados por el epígrafe o por el programa, más a la izquierda que nosotros, les deseo, como el colmo de la fortuna, que vean aún siendo jóvenes, realizado, no el máximo—¡ilusos!—sino el programa mínimo, los ideales del partido republicano radical.

Yo ya sé que una revolución material reuniendo en unos cuantos hombres preparados todos los poderes hubiera podido imponer reformas radicales que hubieran revolucionado toda la economía nacional, que durante algún tiempo se hubiera puesto a nuestro país en un caos que se hubiera arreglado difícilmente; ya sé que así hubiéramos escrito sobre el cartapacio de nuestras leyes el epígrafe de «ultraradicales», pero ya sé que con esas leyes bajo el brazo hubieran caminado en las sombras de la tristeza y hacia el sepulcro, no solamente la ciudadanía, sino la República también. Y no es eso, no es eso lo que desea y a lo que aspira el partido republicano radical. No nos cuidamos de los adjetivos, nos importan más los sustantivos, y además os hemos de decir que no hay ningún partido—y no hay sino ver la composición de la Cámara—que pueda tener la pretensión, por sí solo, de gobernar el país; que no hay ni un solo partido que pueda tener la pretensión con su personal (del que padecemos intensa penuria) de organizar el Estado en todas sus actividades que, además, siendo como somos los militantes, los activos, los dirigentes, una minoría en el país, necesitamos educar, instruir, adiestrar políticamente a todas esas muchedumbres que nos han dado el triunfo de la República. Porque ya es hora de decirlo. Despojémonos un poco de la vanidad que nos atribuyó a los republicanos, o históricos o modernos, exclusivamente, el triunfo del régimen en nuestro país. No. El triunfo es de aquellas masas que acudieron a las urnas el día 12 de abril. El triunfo es de aquellos que después de haber ido con sus papeletas, ahora solicitan su acceso a los partidos republicanos organizados, y hay una muchedumbre de gente también, dentro de esos partidos que nos recibe en veinte uñas, exigiéndonos limpieza de sangre, de historia y de tradición, como si no fuera suficiente mérito para abrirles los brazos fraternalmente, el hecho de que cuando éramos nosotros insuficientes para el triunfo, viniera esa legión a sumarse a nuevas fuerzas históricas para darnoslo hecho con la facilidad, con la tranquilidad y con el orden que se venían el día 14 de abril.

De modo que yo no he venido aquí a declinar una definición al partido radical, yo he venido aquí a diferenciarlo, a diferenciarlo de mis palabras, mejor o peor. En fin, la diferenciación resulta hecha.

Nosotros somos el partido republicano radical con su

ideario de siempre; pero nosotros somos un partido que abre sus brazos a todos los que quieren ingresar en él y obedecer su disciplina, porque tenemos la seguridad de que el ambiente de sus organismos será freno bastante para que los que han rectificado y están arrepentidos, no hagan de su arrepentimiento ni de su rectificación, un padrón de cinismo y se pongan en primera fila solicitando representaciones a que no tienen derecho pero de las cuales no estarán ausentes eternamente. Y no solamente eso, nosotros declaramos que queremos vivir en paz con todas las fracciones republicanas; afirmamos que no gobernaremos nunca, aunque se nos diese el Poder, en muchos años, si no nos encontramos asistidos con la colaboración, con la solidaridad de las demás fracciones republicanas, porque no hay ninguna de ellas con la cual nos sintamos, desde ahora y para siempre, solidarios. Y no hay que decir que aquellas que, en primer término, en la tribuna pública como mi ilustre amigo don Melquíades Álvarez, en representación de los suyos, con su historia, con su significación, y con su programa—nos han ofrecido su colaboración, tienen entre nosotros el puesto de privilegio que merecen todas las nobles generosidades, todos los nobles ofrecimientos que, cualquiera que fuese la proporción con que pudieran colaborar a esta obra, bastaría la voluntad para que se determinase en ciertos sectores de la vida social un movimiento de simpatía y de aproximación hacia nosotros. (Aplausos.) Procuraremos que nuestra conducta responda en todos los momentos a estos principios a que acabo de referirme. Nosotros un partido liberal democrático y republicano, que no es incompatible con ninguna creencia religiosa, que no es incompatible con ninguna clase social, que quiere representar a todos los que estén dispuestos a colaborar en una obra de pacificación espiritual, en una obra de progreso, en una obra que conduzca, por etapas, a la realización de mayor cantidad posible de justicia social.

Y estas manifestaciones que yo hago en nombre del partido radical republicano, tienen la autoridad de su historia, porque el partido republicano radical no nació de ninguna disidencia. A la disolución de la antigua Unión republicana, precipitada por la Solidaridad catalana, surgió el espíritu radical de izquierdas en una muchedumbre de amigos que, tomándose como portavoz, me pidieron que alzase la bandera y que traza el programa. Y en Santander, el año 8, quedó la obra realizada. No es, por consiguiente, un partido que ha nacido en presencia de posibilidades de un triunfo, sino que nació para la lucha y luchando ha adquirido las condiciones necesarias para gobernar y para dirigir nuestro país. Sin el partido republicano radical, cuando en el año 1905 se inició la Alianza republicana, ésta no hubiera sido posible, y lo fué por aquel momento, o que todos conocéis. No mucho después dió sus primeros frutos esa Alianza y la que se conoce con el nombre de «sanjuanada» fué explosión de una aspiración latente en el fondo de la conciencia nacional hacia una revolución que transformara las instituciones. Digan cuantos en aquel intento intervinieron si no fueron las organizaciones del partido republicano radical que se pusieron incondicionalmente al servicio de los que llevaron la iniciativa, sin recabar, no digo la gloria, sino la participación mínima en el poder que de aquello pudiera derivarse; pero aceptaron todas las responsabilidades y algunas se purgaron en la cárcel.

Se realizó después el intento que tuve su primer cañonazo en Ciudad Real y que, cuando, a poco, en Valencia, digan cuantos en aquella obra participaron lo que corresponde al partido radical, que en todo momento, con sus organismos, por sus modestos medios económicos, por sus honrosos representantes, acudió a la labor, siendo los primeros en el sacrificio.

Y en la proclamación misma de la República pusimos todo cuanto de nosotros se nos pidió. Y no hay hombres, ni partidos, que igualándonos en la noble emulación por el sacrificio, pueda decir que consiguió superarnos en ningún aspecto.

En la obra del Gobierno, los dos representantes del partido republicano radical, por unos o por otros sacrificios o por la permanente colaboración, no han sido nunca una dificultad ni un obstáculo, sino todo lo contrario, y testigos hay dentro y fuera del Gobierno que podrán ratificarme o desmentirme. Finalmente, cuando llegaron las elecciones, el partido republicano radical, que no tenía en el Gobierno ni en la organización política gubernativa del país aquellas posiciones con que otros pudieran recrearse y legítimamente ejercer la influencia que de ella se deriva para aumentar el número de sus elegidos; el partido radical por sus propias fuerzas, en muchos sitios perseguidos, sin que pueda atribuírsele a la influencia de gobernadores, de los que no tuvimos sino ocho, durante las elecciones, sino a sus prestigios, a su tradición, a su influencia, a su organización, el partido radical tuvo la mayor de las minorías republicanas en el Parlamento.

Y surgió la primera crisis. El partido radical, dando de nuevo una prueba de su alto sentido, de sus virtudes, de su amor a la República, el partido radical renunció a satisfacer lo que hubiera sido más que una vanidad, asumiendo en aquellas circunstancias el poder, y no fué su representante más caracterizado—el que os dirige la palabra—sino representantes del partido socialista quienes dijeron cuál fué, en aquella ocasión, la conducta de la representación del partido republicano radical. ¿Por incompetencia, por impotencia, por temor a las responsabilidades? ¡No! Porque el partido radical se ha persuadido de que una honrada separación que no ha podido todavía atenuar la convivencia en la parlamentaria con otro partido republicano, hace que aquel más afín con el partido socialista, presente en todo momento, sistemáticamente, la oposición y el veto al partido republicano radical.

En la segunda crisis, el partido republicano radical repitió el ejemplo de abnegación y de sacrificio que dió en la primera. El partido radical no puede gobernar con las Cortes Constituyentes, en una buena parte, mientras no rectifique una actitud injusta para el partido radical, y solamente fundándose en esa actitud injusta, en un momento de arranque de mal humor, pudo hablar un ministro socialista de la guerra civil para oponerse a un gobierno presidido por Lerroux. (Muy bien. Aplausos.) Solamente en un arranque de apasionamiento, también injusto y prontamente rectificado, pudo hablar otro ministro socialista de que ellos opondrían el veto a la solución Lerroux en el caso de una crisis; porque establecida la Constitución no hay nadie que tenga derecho al veto. Ni el presidente de la República ni ningún partido. La soberanía tiene un órgano, y ese órgano, que es el Parlamento, habrán de subordinarse todos. Y cuando la Presidencia de la República, en el ejercicio de sus funciones, fiase el poder a uno de los representantes de las fuerzas parlamentarias, si no fuere el partido radical, el partido radical no solamente se someterá, no solamente acatará el acuerdo del poder moderador, sino que también auxiliará a cualquier Gobierno, en todo aquello que no pugne doctrinariamente con sus estados de conciencia.

Pero si fuese él el llamado por la confianza del alto poder del Estado a gobernar, no habría nadie, ningún poder, ninguna fuerza, ninguna soberanía superior a la soberanía nacional y a la soberanía del jefe del Estado, capaz de impedir que el partido radical gobierne. (Grandes y atronados aplausos.)

Es claro que se ofrece delante de nosotros, ante la posibilidad de una disolución de las Cortes, de una crisis inminente, de un conflicto cualquiera que lo produzca, de una o de otra

manera se nos ofrece la perspectiva de una porción de problemas fundamentales. Ya he dicho antes que nosotros queremos mantener con todos los grupos políticos que actúan en la órbita de la República las relaciones más estrechas más sinceras y más cordiales; y ya he dicho que durante muchos años, mientras la evolución democrática no haya creado una generación de burócratas, una generación de militares, de catráticos, de maestros, de médicos, de arquitectos republicanos, los Gobiernos que se formen tendrán que ser de concentración republicana. Y aún así, apuradamente dispondrán de todos los elementos personales indispensables para cubrir los cuadros de la burocracia que necesita el Estado.

Es por esto solamente que yo mantengo la necesidad de que nuestros correligionarios vivan en cordialidad y cooperación con todas las fuerzas republicanas. ¡No! Es por amor a la República, es por amor a la Patria, es por amor a la misión que tenemos que cumplir, y todos cuantos no la cumplamos estaremos a merced de cualquier minoría vigorosa de las derechas que quiera, en cualquier momento, con cualquier pretexto, sembrar entre nosotros la cizaña y poner en peligro la vida de las instituciones.

Pero hay un partido que, viéndolo en la órbita de la Democracia republicana también pudiera imaginar que esta actitud era una exclusión sistemática; no. Yo quiero decir desde aquí, sostenerlo desde aquí, sin lagoterías, sin adalaciones impropias de mi carácter, que el partido socialista dividido en cuanto a la conveniencia o no de participar en el Gobierno de la República, debe la República eminentes servicios que al partido socialista debe la República en el porvenir haber incurrido en la Constitución principios por los cuales habremos de encaminarnos a la realización de la justicia social, si la ambición, la preoquencia, o la dejación de los republicanos conscientes que una anticipación sectaria o partidista malogre lo que en razón ha de dar frutos óptimos para la felicidad de nuestro país en su vida.

Yo deseo, yo aspiro a que en el porvenir las relaciones entre el partido socialista y los partidos republicanos, formando gobierno de concentración, sean siempre cordiales, porque una avalancha considerable de masa social que, venida o convenida, se incorpore a los partidos republicanos, estará frenando conscientemente en la obra progresiva de los Gobiernos republicanos; y necesitamos que la vigilancia, que la inspección, que el escrutinio, que la fiscalización de un partido obrero o de un partido, que sin ser obrero, tenga sentido socialista, venga a darnos el apoyo necesario para no dejarnos vencer en ese indispensable balance de las realidades de la vida práctica, por contrapeso de las derechas. (Aplausos.)

Y no solamente con esas organizaciones políticas republicanas y socialistas; también con aquellas organizaciones obreras que no se sacrifican en ninguna de esas disciplinas, queremos vivir en paz, pero con una condición: que ellas no nos declaren la guerra.

Nosotros hemos visto que durante todo el período de la Restauración, esas organizaciones o las masas que en ellas forman cuando esas organizaciones no existían. Llegado al Poder los conservadores, andaban cautamente por la vida pública, tenían mayor respeto a la ley, a veces parecían acorbatadas y sumisas. ¿Por qué? Porque atribuían a los principios eficacia reaccionaria y represión que a veces terminaba en sentencias inapelables e irreparables. En cambio, cuando gobernaban los partidos obreros, aparte de sus propias disidencias e incompatibilidades de orden personal, era que esas masas, descoradas, incultas, interpretando mal la libertad, creyendo que era la hora de hacer lo que les diera la gana, porque el Gobierno liberal, a su juicio, no podía ser represivo ni reaccionario, o lo obligaban a serlo o lo obliga-

ban a vivir constantemente a precario, perturbada la vida nacional con motines, con subversiones, de todo orden. (Muy bien.) Y cuando más adelante llegó la dictadura, todos, todos hubimos de retraernos un poco, pero principalmente esas masas que habían realizado las horribles tragedias de Barcelona y de Cataluña, que tuvieron repercusión en otras partes. ¿Qué hicieron en la vida pública? Callaron sumisas, acorbatadas o cómplices. (Muy bien.)

Pues cuando llegue la hora de que el partido republicano radical gobierne, el partido republicano radical, con todos sus aliados, ha de pedirle, y desde ahora le pide a esas masas, el margen de tiempo necesario, lo indispensable para orientar su política, dejándonos la paz social necesaria, no perturbándonos a cada paso la vida pública no tratando de que sus aspiraciones se produzcan por medios revolucionarios, porque, si se producen por medios revolucionarios, ¡ah! en lo que de mí dependa, yo digo, como he dicho antes de ahora: Frente a la reacción revolucionaria; frente a la anarquía, conservador. (Bravo. Muy bien.)

Problema de fundamentales que han de preocuparnos y han de trazar pautas y cauces a nuestra conducta, son todos esos que están ahora mismo en vuestra conciencia.

El problema religioso. (Expectación.) Nosotros hemos contribuido, o con nuestra palabra, o con nuestro voto, o con nuestro asentimiento, a la aprobación de la Constitución, y la Constitución, para nosotros, mientras sea ley, tal como está, es sagrada. Los que piensan en revisión constitucional, han de acomodarse a los artículos que en la misma Constitución establecen las pautas para conseguirlo. Pero nosotros de eso no tenemos de hacer bandera. No nos estorba ningún artículo de la Constitución. Nosotros aspiramos a desenvolvernos con un criterio nuestro. Y en la cuestión religiosa, nosotros decimos que mantenemos la separación de la Iglesia y el Estado. (Aprobación.) No solamente porque creemos en la necesidad de la supremacía del Poder civil, si no porque creemos en la necesidad de que, libre de esas complicaciones, la Iglesia, depurada, cumpla la misión espiritual que ha tenido en la Historia y que tiene en los pueblos.

Acordó la Constitución la disolución de una de las órdenes religiosas. Ya está disuelta. Luchemos respetuosos delante de los hechos consumados. No habremos de oportunistas. Ya está hecho: acatarlo y cumplirlo. Pero persecución religiosa, no; mas. Nosotros, los hombres sin eremita tacaño—se lo he dicho a dignidades eclesiásticas de todas clases, se lo he dicho al Nuncio volando con el cuando en el ejercicio de mi cargo ministerial tuve el honor de conferenciar en varios casos con el representante de la Iglesia—, mi vida personal y de mi hogar, por ventura, es asolutamente laica. Pero es que yo creo que los hombres que llegan a desprenderse del prejuicio de la religión o del fanatismo religioso o del sectarismo religioso no pueden a la vez desprenderse de aquella unión que, a las horas de altitud, a los unos les hace levantar los ojos hacia el cielo, a los otros levantar el pensamiento hacia el dios que han deificado en el fondo de su alma. (Muy bien.) Yo digo que los hombres que naufragamos perdido la fe religiosa, no podemos haber perdido la obligación de respetar aquello que en la conciencia de nuestros semejantes tiene un culto, ni podemos tampoco perder el respeto que merecen aquellas instituciones que en el pasado contribuyeron a la obra del progreso espiritual, aunque contemporáneamente, como todas las instituciones humanas, sobre todo en aquellos países que no han sabido, por el estado, subordinarlas y someterlas a la ley, se hayan visto comprometidas por corrupciones que en otros países, que en otros Estados, como Suiza, como Alemania, donde se han sacudido esas tutelajes, han sabido llegar a estados de pacificación que las hace a la vez que un instrumento

de colaboración en la obra de los Gobiernos. (Grandes aplausos.)

Se está discutiendo en el seno de la Comisión, y parece haber llegado a ser aprobación del Gobierno, la reforma agraria. (Sensación.) No hay, estoy seguro de ello, una sola conciencia individual, que ni que la justicia, la legitimidad, la necesidad y aun la urgencia de una reforma agraria en nuestro país. Estoy seguro de que no hay propietarios, hacendados que merezcan el nombre, que no estén dispuestos a hacer la parte de sacrificio proporcional, necesaria, para que la reforma agraria llegue a vías de ejecución. Pero, señores, es que cuando la reforma agraria se anuncia si más que el epígrafe, e inmediatamente unos cuantos postulados, es cuando va a ser, o se anunciaban que iban a ser impuestos, los dictados de una ley imperativa, levantaba el clamor de todas las conciencias, como una protesta universal, no hay manera de creer que se puede tener el asentimiento del país para una reforma en esa manera anunciada sin que se produzca inmediatamente una perturbación económica que pone en peligro los más altos intereses de la Patria.

Porque toda esa situación que se ha creado en casi todo el agro español, que se ha manifestado con mayor agudeza en aquellas provincias donde el estado de la propiedad está reclamando más urgentemente la reforma; todo ese estado moral que se ha producido es parte principal para ese decaimiento del valor de la peseta, para ese encarecimiento del precio de la vida, para esa inquietud de los espíritus, para ese desbordamiento de las pasiones de la muchedumbre, que cuando es pueblo, creyendo que hace uso de su derecho, pacíficamente, trata de ponerlo en ejercicio; que cuando es plebe, excitada torpemente por pasiones que con una sencillez arcaica se han extendido por el campo, con la hoz, con el puñal, con la pistola en la mano; tratan de hacer un reparto que, aun realizado, no significaría el enriquecimiento de nadie, sino, en definitiva, la miseria de todos. (Muy bien. Aplausos.)

Afortunadamente, aunque el mal se había producido y no se remediara, sino con mucha lentitud; afortunadamente, el Gobierno ha venido rectificando principios de aquella primera ponencia de la reforma agraria y se dice—aunque todavía no las conocemos—, que el proyecto que ha de presentarse a la discusión de las Cortes tiene ya otras posibilidades, que podrán ser, una vez discutido, corregido y enmendado indicación de una reforma agraria verdadera. Pero nadie se haga ilusiones. La reforma agraria, que es una cosa que se puede expresar con el corazón alegre, como tantos otros postulados de los ideales democráticos y republicanos que nos encaminan hacia la justicia social; pero la reforma agraria es una cosa, en el fondo tan compleja, tan llena de dificultades, que no podrá ser la obra ni de un Parlamento, ni de tres, ni de una generación, ni de varias, po que lleva aparejada una porción de reformas que afectan a las modalidades de la propiedad misma, porque en nuestro país, por la variedad del agro, de su suelo, de sus condiciones de todas clases, tiene que adaptarse de diferente manera en cada región, porque necesita ir acompañada de un estado de nuestra economía en que desgraciadamente no nos encontramos, porque necesita ir acompañada de un estado de confianza moral que nos consenta levantar un empréstito para acudir a las justas y legítimas indemnizaciones de aquellos terrenos que se expropian, porque necesita la organización del crédito agrícola, porque necesita la organización de la enseñanza agrícola por instituciones propias y por instituciones amovientes, porque todo esto implica una obra que ahora si que pudiera llamarse obra de romanos, que no se puede realizar por la potencia de un Gobierno ni por la potencia de unas Cortes Constituyentes.

No quisiera cansaros (Voceros, no) y a la vez estar cansándome yo. Pero permitiré que dedique algunos momentos al Estatuto de Cataluña. Uno de mis deseos al elegir como tribuna para este acto es que estamos realizando en Madrid la de Barcelona, fué hablar allí frente a frente, no digo contra, sino a lado y en colaboración con aquellos elementos que propugnan por el Estatuto. Yo ya no traigo la bandera española que con garantía de juventud ceñía mi frente sobre el sombrero en las horas de lucha apasionada en Barcelona. ¡Ah! Per yo no he renunciado a todo aquello que significa unidad espiritual superior de mi patria (muy bien); que no es incompatible ni lo considero en modo alguno incompatible, con aquellos estados de autonomía en que es necesario que vivan aquellos pueblos que temen por su historia, por su idioma, por su derecho, el de que se les considere como una personalidad, no aparte, sino ensalzada en la totalidad de aquellas regiones, de aquellos

El partido republicano radical, que quiere ver por el primer Gobierno, por el primer Parlamento de la República consagrado el compromiso de realizar la reforma agraria, se ha de interponer, entre la ilusión excesiva y la realidad, para que lo que se acuerde no sea después letra muerta en la Gaceta o en el Diario de Sesiones, sino preceptos de posible realización a los cuales se allanen las clases interesadas, porque en él vean reflejada perfectamente la justicia, y no solamente la justicia, sino una manera de cooperación a la misma como en los contratos de seguro los asegurados pagan una parte de su propiedad para asegurarse contra cualquier siniestro el resto de la misma. (Gran ovación.)

Están ya presentados los presupuestos. Y libremente Dios en materia tan abstracta, y a la que soy tan ajeno, entrar en hondos análisis, pero ya hice antes una indicación. A mí me parece que se ha tendido excesivamente a procurar, de una manera formalitaria, ritual, la nivelación del presupuesto mediante un aumento ciego y a voleo de los tributos que pesan ya sobre las clases contribuyentes. Hay una indicación. Se excluye del tributo del impuesto por utilidades de las empresas—porque ha habido manera oficial y la hay constantemente por la ley de intervenirlas para comprobar que no han tenido utilidades. Pero ¿quién dice que en los tiempos que vivimos todos los vemos contribuyentes por industria y por comercio, han realizado esas mismas utilidades? ¿Es que así puede presentarse delante del país una nivelación que no va a ser posible y que, como el propio señor ministro de Hacienda ha dicho en su elocuentísimo, franco y sincero discurso, puede quedar reducida a una columna de números, en una de las cuales hay un exceso respecto a la otra, que representa los gastos, cuando queda la peseta en las condiciones que sabemos y nos consta que, mejores conocedores en el extranjero que nosotros mismos, de la ficción de esa nivelación y de esa supresión del déficit, no ha de mejorar la peseta; cuando sabemos y sabemos todo el mundo que la obra de la mejora de la peseta no es obra de financieros ni de hacendistas, sino que es una obra política, porque es una obra de confianza, porque es una obra que necesita la pacificación de los espíritus (grandes aplausos); la garantía de una política concreta, recta y continuada, la seguridad de que no se van a producir perturbaciones en el país, la garantía de que no se van a hacer persecuciones, la confianza, en fin, de que todos los españoles, los unos adheridos por convencimiento, y los otros sometidos por sumisión obligada de la ley, van a contribuir, sacando de la tesorería en que han escudado sus medios económicos, o repatriando los del extranjero, y vuelva a ponerse en circulación el capital nacional que hoy está retraído, que esta restringido? (Grandes aplausos.)

No quisiera cansaros (Voceros, no) y a la vez estar cansándome yo. Pero permitiré que dedique algunos momentos al Estatuto de Cataluña. Uno de mis deseos al elegir como tribuna para este acto es que estamos realizando en Madrid la de Barcelona, fué hablar allí frente a frente, no digo contra, sino a lado y en colaboración con aquellos elementos que propugnan por el Estatuto. Yo ya no traigo la bandera española que con garantía de juventud ceñía mi frente sobre el sombrero en las horas de lucha apasionada en Barcelona. ¡Ah! Per yo no he renunciado a todo aquello que significa unidad espiritual superior de mi patria (muy bien); que no es incompatible ni lo considero en modo alguno incompatible, con aquellos estados de autonomía en que es necesario que vivan aquellos pueblos que temen por su historia, por su idioma, por su derecho, el de que se les considere como una personalidad, no aparte, sino ensalzada en la totalidad de aquellas regiones, de aquellos

No quisiera cansaros (Voceros, no) y a la vez estar cansándome yo. Pero permitiré que dedique algunos momentos al Estatuto de Cataluña. Uno de mis deseos al elegir como tribuna para este acto es que estamos realizando en Madrid la de Barcelona, fué hablar allí frente a frente, no digo contra, sino a lado y en colaboración con aquellos elementos que propugnan por el Estatuto. Yo ya no traigo la bandera española que con garantía de juventud ceñía mi frente sobre el sombrero en las horas de lucha apasionada en Barcelona. ¡Ah! Per yo no he renunciado a todo aquello que significa unidad espiritual superior de mi patria (muy bien); que no es incompatible ni lo considero en modo alguno incompatible, con aquellos estados de autonomía en que es necesario que vivan aquellos pueblos que temen por su historia, por su idioma, por su derecho, el de que se les considere como una personalidad, no aparte, sino ensalzada en la totalidad de aquellas regiones, de aquellos

(Continúa en la segunda plana)